

Barracas

RAÍCES AL SUR





Vista desde la barranca de Av. Montes de Oca, 1904.

Barracas
RAÍCES AL SUR

RUMBO**SUR**



Raíces al sur

Barracas fue semilla de una Buenos Aires que pugnaba por ser y crecer. Escenario de apasionadas luchas libertarias entre propios y ajenos. Siempre generosa y diversa, se ofreció como tierra fértil para quinteros, cuarteadores y changarines en infinidad de barracas próximas al riachuelo. Fue solar de distinguidas casonas veraniegas y de no tan distinguidas pulperías. Anfitriona de históricas fiestas y procesiones, de inmortales payadores y tangueros. Barracas recibió inmigrantes con los brazos abiertos. Supo albergar a cientos de fábricas y miles de obreros, calles señoriales y avenidas plagadas de comercios, clubes, templos y escuelas, ferias populares, casitas familiares, conventillos de chapa y casillas de cartón. Barrio de pasiones políticas, consagrados artistas y vecinos inquietos. Un pasado intenso, en un barrio protagonista de su historia.

La última época trajo cambios profundos. El ocaso de las fábricas, la autopista como línea divisoria y la expansión de la villa terminaron por estratificar el barrio, y sus realidades. Y hoy...¿Qué? ¿Quedaron los herederos de la anemia de la historia? ¿Aquel tiempo pasado fue mejor? ¿Sólo resta esperar?...

Acercarse y escuchar fue la premisa. Una caprichosa selección de vecinos, comercios e instituciones el punto de partida. La palabra como materia prima para indagar en su idiosincracia. Y cuando los barraquenses van y buscan en su memoria, no traen recuerdos materiales sino que rescatan un pasado de dignidad, austero y desbordante de alegría cómplice, de festejo callejero. Son un barrio de encuentro, de mate en la vereda. En los vecinos de Barracas esa memoria late y se rebela. Se resisten a ser un barrio dormitorio más, a la vida anónima, a ser simple espectadores de su destino. Por suerte, ya son muchos los vecinos e instituciones que descubrieron que horrorizándose de cara a la tele, con la queja en soledad, no se construye. El futuro es compartido y el desafío es conocerse, volver a encontrarse. Barracas no es cosa juzgada, y es en sus raíces donde habita su riqueza y las mejores respuestas.

ASOCIACIÓN CIVIL RUMBO SUR



Camino a las barracas

La Ciudad de Buenos Aires, a partir de su traza fundacional a fines del siglo XVI, evoluciona principalmente hacia el sur, en función de las actividades relevantes, ligadas al puerto que se encontraba en el Riachuelo. Este “Río Pequeño”, tal como lo bautizara el cronista Ulrico Schmidl, ofrecía ya en ese siglo un refugio seguro a las embarcaciones.

Hacia fines del siglo XVII, y a lo largo del XVIII, comenzaron a levantarse sobre su margen unas construcciones precarias denominadas “barracas” que posibilitaban el almacenamiento de productos, como frutos y cueros para el depósito y tráfico de la actividad comercial que allí se desarrollaba. Es así, que el nombre de “Barracas”, va adquiriendo identidad y se apropia de esta zona, que se va conociendo progresivamente como “Barracas del Riachuelo”, y también “Barracas al Norte” en el siglo XIX.

En 1785 se leyó en el Cabildo el informe del Procurador General, en el que manifestaba la necesidad y utilidad de construir un puente en el lugar que llaman “de las barracas”. Las obras estuvieron a cargo de Juan Gutiérrez Gálvez, que poseía una quinta en la margen derecha, y era propietario de una de las canoas que efectuaba el cruce del río. El Puente de Gálvez, inaugurado el 1° de diciembre de 1799, marcó el precedente del Puente de Barracas, de Restauración de las Leyes, y del ahora denominado Puente Pueyrredón.

Su enlace con los “pagos del sur” o también denominado “pago de la Magdalena” y la importancia como paraje, determinaron con el correr del tiempo la agrupación de vecinos con quintas que habitaban el lugar. Ya desde 1789, los cabildantes procedieron a convocar a “los quinteros del Riachuelo” y a los “carretilleros” a fin de resolver qué contribución debían pagar para formar un fondo que permitiera nivelar los pantanos que había en los “caminos de barracas”. Fue necesario desmontar la abrupta barranca de la Calle Larga (hoy Av. Montes de Oca) y suavizar su pendiente para facilitar el tránsito desde la Plaza Mayor al Riachuelo.

En 1806 el Puente de Barracas se transformó en escenario estratégico de las Invasiones Inglesas, incendiado ex profeso para evitar el avance de los soldados británicos. El puente fue reparado nuevamente y el 23 de diciembre de ese mismo año se lo consideró apto para su tránsito.

Nuevamente, en 1807, la Calle Larga y el Puente de Barracas son escenarios de la heroica defensa, posibilitando el paso de Liniers hacia los Corrales de Miserere para impedir el avance de las fuerzas británicas. En los prolegómenos de 1810, una quinta de Barracas, cuya propiedad pertenecía a Francisco M. Orna, adquiere relevancia al transformarse en punto de encuentro de los patriotas que gestaban la tan ansiada Revolución de Mayo.

En 1812 otra propiedad vuelve a ser sitio de conspiraciones. La quinta de Alzaga en Barracas se transforma en “Cuartel General de los Conjurados”. La Capilla de Santa Lucía se convierte así en refugio de Martín de Alzaga ante las persecuciones de las que era objeto, siendo finalmente ajusticiado en la Plaza de la Victoria.

Ese mismo año se afinca en el barrio el Almirante Guillermo Brown, en la hoy denominada Av. Martín García. Dos de sus hijos, Guillermo y Eduardo, asisten a la escuela de Vicente Sánchez, quien la instala en 1825 en la Calle Larga. En 1841, este maestro oriundo de Castilla recibe a José Hernández y sus hermanos como alumnos, quienes vivían junto a su abuelo en una quinta ubicada en Montes de Oca y Osvaldo Cruz (actual).

Iglesia Santa Felicitas sobre la calle Pinzón, 1876.



En 1853 el denominado “sitio de Buenos Aires”, opera con sus diversas fuerzas en distintos puntos de la zona sur. En los potreros de Langdon, ubicados en las alturas barraqueñas, el coronel B. Mitre recibe una herida en la frente provocada por un disparo. El 11 de julio finaliza la lucha cuyas acciones tuvieron lugar en el barrio y sus alrededores.

El 30 de agosto de ese mismo año se crea el primer Juzgado de Paz de Barracas al Norte a cargo de Don Juan Mildberg. Barracas se separa del Juzgado de Paz de San Telmo, comprendiendo también a La Boca, cuyo Juzgado se crea recién en 1870.

La llegada del ferrocarril en 1865 provoca cierta fractura entre las quintas, dando lugar a durmientes, vías y acero para la habilitación de los trenes del F. C. Sud. Desde Constitución, la primera estación más cercana fue Barracas, la segunda Lomas de Zamora, finalizando el trayecto en la localidad de Jeppener.

En 1871, la terrible epidemia de fiebre amarilla azota al barrio. Se registran 426 enfermos y 144 fallecidos. El contexto de insalubridad dado por los saladeros, los elementos contaminantes del Riachuelo, el Matadero del Sud y las funciones de cebo, unidos a las precarias condiciones de higiene, favorecían aún más la propagación de tal enfermedad.

El 9 de noviembre de 1871 se reinaugura el nuevo puente de Barracas. Su principal proyectista y concesionario, el Ing. Prilidiano Pueyrredón, no pudo ver concluida la obra, pues fallece con anterioridad a la inauguración.

Unida a una política de inmigración e industrialización del país, Barracas sintetiza la concreción de este proyecto.

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, la ribera barraquense va adquiriendo un perfil de fábricas, ferrocarriles, talleres, barracas de lanas, cueros y depósitos que la asimila al quehacer cotidiano. La educación pública abarca desde fines del siglo XIX hasta nuestros días, una amplia y diversa gama de modalidades y niveles. En 1901, la educadora Antonia Capurro crea la primera escuela nocturna para mujeres obreras. Se incorpora, así, otro nivel a los ya conocidos en Barracas: Escuela Manuel de Sarratea (1865) Fray J. Santa M. de Oro (1866), Escuela Normal de Maestras N°1 (1874), Esc. Bernardo de Irigoyen (1875), Escuela Superior de Comercio J.V.González (1905), Escuela Normal N°5 (1909), Escuela de Artes Gráficas “Maipú” (1940), Escuela Industrial N°3 “Libertad” (1940), Liceo N°3 José Manuel Estrada, entre otras.



Comedor de inmigrantes llamado “carrito”.



Desalojo de un conventillo

La vigencia de ciertas instituciones de bien público, que trascendieron a través del tiempo, le otorga a Barracas otra condición relevante. Aún se encuentran en el barrio la Asociación Española de Socorros Mutuos de Barracas y Buenos Aires fundada en 1862, la Asociación Fratelanza Artesana (1891), Sociedad Luz (1899), Club Social de Santa Lucía (1901), Club Barracas Central (1904), Asociación Fraga (1905), Club Barracas Juniors (1912), Club Sportivo Barracas (1913), Club Sportsman (1920), y sigue la lista.

La expresión más genuina de la música porteña, el tango, tuvo en este barrio a los más destacados representantes. Por sus calles, cafés, pulperías y esquinas se pudieron ver y escuchar a diferentes figuras como el legendario Pedro Chiappe, allá por 1890, y desde principios del siglo XX, a creadores de la talla de Eduardo Arolas, Agustín Bardi, los Bernstein, Carlos Marcucci, Eduardo del Piano,

Rodolfo Sciamarella, Teófilo Ibañez, Armando Posada, Ignacio Riverol, Ángel Condercuri y Juan Velich, entre otros.

En 1904 la población del barrio ascendía a 84.792 habitantes, de los cuales, casi 40.000 eran extranjeros provenientes de Europa. Era el segundo barrio más poblado de la ciudad. Las condiciones de vida de muchos inmigrantes no eran las óptimas. La desocupación, los bajos salarios, las reiteradas huelgas y encuentros masivos inquietaban al gobierno.

En 1907 se produce en el conventillo de la calle Ituzaingó la primera “Huelga de Inquilinos”, dado que les era imposible pagar lo que se les pedía. La huelga se extendió a los demás barrios. Lucharon durante dos meses. Muchos inmigrantes fueron expulsados del país, atento por la Ley de Residencia, sancionada en 1902, que permitía deportar a los extranjeros que consideraban “peligrosos”. Otros fueron víctimas de la represión que se implementó para neutralizar la huelga.

El patrimonio arquitectónico se acrecienta con la construcción del Banco de Londres (1906), Banco Nación (1908-11), Asociación Fraga (1907), Iglesia del Sagrado Corazón (1908), Pasaje Europa (1923), que se incorporan a las ya conocidas y relevantes Iglesia de Santa Felicitas (1876), Iglesia de Santa Lucía (1887), Casa Cuna (1874), Hospital Rawson (1868), Hospital Nacional de Alienadas (1854), Hospital Británico (1887-89), Establecimiento Noel (1858), Talleres Gráficos Peuser (1867), Establecimiento Metalúrgico Fontana (1865), Fábrica Argentina de Alpargatas (1882), Águila Saint hermanos (1880), entre el centenar de establecimientos registrados.

La presencia del maestro y compositor Alberto Ginastera, que nació y vivió hasta la década de los años 40 en Barracas, prestigió al barrio con su talento. Asimismo, las cantantes líricas Isabel Marengo, Elsa Venturino, Elena Arizmendi y la soprano Adelaida Negri constituyen un significativo grado de excelencia en la música universal.

Este patrimonio se acrecienta con los artistas plásticos de valiosa trayectoria, tales como Pío Collivadino, Justo Lynch, Vicente Forte, Oscar Vaz, Aurelio Canessa, César Carugo, Marino Pérsico y, actualmente los destacados Maestros Carlos Cañas, Leo Vinci, Eduardo Mc Entyre y Marino Santa María entre tantos otros.

En abril de 1940, la gran inundación que afectó a los barrios del sur, marcó en la memoria colectiva, uno de los momentos más dramáticos en la población barraquense.

Los hechos políticos y sociales marcan en el puente Pueyrredón sucesivos acontecimientos, a lo largo de los años. En octubre de 1945, masivas caravanas de trabajadores de los frigoríficos de Avellaneda, junto a los obreros de las industrias de Barracas, se dirigieron a la Plaza de Mayo.

En 1962, el enfrentamiento de distintas corrientes en el ejército “azules y colorados” vuelven a producir en las calles situaciones riesgosas y preocupantes entre el vecindario.

El trágico derrumbe del edificio de la Av. Montes de Oca 680, en junio de 1970, donde numerosas personas perdieron su vida, conmovió a toda la ciudadanía.

Comienzan así los años del terror. En 1974, perseguido por la Triple A, es asesinado en la calle Coronel Rico Julio Troxler, quien fuera subjefe de Policía de la provincia de Bs. As en la presidencia del Dr. Cámpora. Los distintos allanamientos y secuestros de vecinos, registrados en distintas casas del barrio, volvieron a marcar huellas imborrables en la memoria de la población.

La demolición de 22 manzanas, para realizar la Autopista 9 de julio, durante el período 1977-80 produjo una fractura en la traza del barrio con las marcadas consecuencias de desarraigo de los vecinos y desaparición de viviendas, bibliotecas, comercios, industrias y escuelas, que afectaron a la identidad y pertenencia de los barraquenses.

Las recurrentes crisis económicas, y su correlato en lo social y cultural, fueron modificando el perfil pujante que poseía el barrio.



Primer local del Hogar Obrero.



Barranca de Montes de Oca transitada por las chatas, coches y tranvías a caballos.

Barracas es hoy, a principios del siglo XXI, esa cultura heredada: los modos de vida y las costumbres, pero también las industrias cerradas, los cartoneros, las casas tomadas, los nuevos vecinos, inmigrantes muchos de ellos de provincias nuestras y países hermanos, con sus dolores y desgarros, y las villas... que siguen resistiendo al enjuiciamiento de gran parte de la comunidad, sin que hagamos un análisis de esta realidad social que nos compete a todos.

También llegan los que descubrieron que Barracas está a 30 cuadras del centro y es negocio invertir... Como consecuencia de la demolición indiscriminada de muchas de las construcciones históricas que conforman el espíritu del barrio, surgen organizaciones como “Proteger Barracas”, un grupo de vecinos movilizados por la preservación del patrimonio arquitectónico y la identidad barraquense.

Pero Barracas es grande y hace espacio... Resiste con firmes argumentos a la destrucción de parte de su historia. En la sesión del 13 de agosto de 2011 la Legislatura aprobó por unanimidad la Ley 3.954, que limita la altura de las nuevas obras en cuadras de casas bajas, preservando las construcciones históricas del barrio. Esperemos que se respete a lo largo del tiempo.

En 1996 nace el “Círculo Cultural Barracas”, un proyecto artístico comunitario que promueve, a través del arte, formas de comunicación alternativas, que recuperan

la historia y la identidad barrial, abordando problemáticas específicas de nuestra comunidad, promoviendo y fortaleciendo los lazos entre vecinos y entre organizaciones locales. El CCB crea y produce espectáculos de teatro, murga-teatro y música donde participan cerca de 300 vecinos de todas las edades.

Estos son solo algunos exponentes del trabajo que muchas instituciones, organizaciones y centros culturales realizan en nuestro barrio.

El compromiso de muchos vecinos sensibles ante la injusticia y desigualdad genera herramientas que contribuyen a una transformación social y cultural, tomando como principal objetivo la elaboración de un pensamiento reflexivo, crítico y de construcción.

JUNTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE BARRACAS



Av. Montes de Oca y Pinzón, 1970. Foto Traub.



Testimonios

Peluquería Lamas

Llegué a Argentina en el '49 y a los 15 años era el más joven peluquero que existía. Nací en Pontedeume, La Coruña, en un pueblo que tiene 11 siglos. Mi padre era perseguido políticamente. Mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre eran peluqueros. Llegamos a Barracas en el '51 y mi padre compró este local un 25 de agosto, el Día del Peluquero. Cuando llegué me encontré con la inmensidad de una fábrica como Textil Piccaluga o Helados Laponia. Tú tienes que comparar un pueblo campesino con esta ciudad inmensa. Fue una transformación para mí. Me encontré con una cantidad de riqueza que allá no había; la abundancia de la comida, que en mi pueblo no existía. En la Estación Sola se recopilaba toda la producción de cereales que venía del sur. Siempre había 50 o 60 recibidores del grano. Me gustaba ver pasar por aquí los carros tirados por caballos y esas montañas de bolsas trabadas... era un arte verlas así, colocadas, dibujadas. Había una clase obrera con un nivel económico fuera de lo común, cualquier obrero tenía una cadena de oro al cuello. Mi papá estaba muy contento de estar aquí. Se podía hablar y pensar libremente. El hombre que quería ser libre, aquí no tenía problema. Podía

creer en dios o no creer, ser anarquista o no serlo. Recuerdo que en la calle Lanín había muchas familias italianas, polacas, españolas. Era un mundo de gente y todos vivíamos integrados. Había muchas organizaciones hechas por idealistas pensantes que luchaban por la reivindicación de la gente que trabajaba. Los que más hacían reuniones eran los socialistas, toda gente preparada, pero los comités peronistas y radicales estaban al mismo nivel. Tengo buenas amistades en el barrio. Un amigo de acá, cuando yo compré mi casa y no tenía dinero, me dio la plata sin firmar nada. Aquí la gente te respeta como eres, y yo la respeto mucho también. Soy la peluquería más antigua de Buenos Aires con 65 años en el mismo local.





Chiche

Mi mamá era de Parque Patricios. Mi papá, frutero del mercado Pepín. Cuando se conocieron se mudaron a la misma casa en la que estoy hoy: San Antonio, esquina Vieytes. Vengo de una familia de napolitanos comerciantes. Los sábados mi papá cerraba el negocio y nos íbamos a lo de la abuela con mis primos, también de Barracas. Hacíamos todo juntos. Éramos muy familiares. En la escuela estaban el hijo del obrero, el del dentista, el del mozo del restorán y el de su dueño. Era un tiempo en el que la gente salía a la calle y se sentaba a charlar con sus vecinos. Los grupos de chicos nos juntábamos en la puerta de las casas. Los que podían pagar la pileta iban al Sportivo. En el Club Terremoto se hacían bailes y asaltos. No había TV, había tres cines. No te movías del barrio. Me acuerdo que para ir a Montes de Oca mi papá se ponía traje. Barracas era un barrio con mucha movida fabril. El mercado Pepín era enorme, tenía tres entradas en total. Mi papá tenía cola en la frutería. ¡Imaginate! Tenía negocios de telas, bazares, carnicería... La gente compraba en el barrio. Yo hoy eso lo mantengo, casi como una conducta. Los mercados del barrio tenían una dinámica en la que las vecinas se cruzaban y se charlaban todo. Hay vecinos de hoy que los conozco de siempre, pero el barrio cambió mucho. Cambiaron la vida, los tiempos, la predisposición a encontrarse y mantener un compromiso con la comunidad. En el '98 hice en mi escuela un evento homenajeando a la gente del barrio, que nos acompañó cuando mi hijo mayor se enfermó. Y en ese acto nació una energía... Se encontró gente que hacía 30 años que no se veía. Cuando se iban decían “¿Y? ¿Cuándo nos volvemos a ver?”. Propuse el salón Santa Lucía. Surgió la idea de juntarnos a comer. Así nació Ñoquis Solidarios. En el 2000 éramos 200 personas. Empezamos a hacer voluntariado a través de lo que sabía hacer cada uno. Yo no me iría jamás de Barracas. Amo mi casa. Todo lo que hago es para el barrio.





Feria calle Iriarte, 1910

Feria Iriarte, 1958



Reunión familiar en un típico conventillo.



Inquilinato.

Graciela

Mi papá vino de Tres Arroyos cuando lo llamaron para el servicio militar. Trabajó en la Fabril Financiera, que era donde se imprimían todas las revistas de Argentina. Trabajaban 3 turnos de 8 horas de obreros y obreras; la salida era un mundo de gente. Barracas era un barrio de trabajadores, muy populoso. Por Montes de Oca se podía sentir el olor a galletitas que venía de Bagley. También estaba la Noel, en Patricios y California... Las máquinas andaban las 24 horas. Las fábricas traían mucha gente y, al mismo tiempo, tenían talleres que trabajaban para ellas y los chicos que no querían seguir estudiando, entraban y se formaban en un oficio. Con mi mamá, que era modista, veníamos los sábados a ver los casamientos en Santa Lucía y era fascinante para mí ver los vestidos. Los domingos salíamos a pasear por Montes de Oca con mi papá y yo levantaba las hojitas de los árboles que se caían, llegábamos a la plaza Colombia y volvíamos a casa. Había una gran variedad de nacionalidades, entonces había diversidad de costumbres, de recetas de cocina que se intercambiaban, las sillas de todos estaban en la vereda. En mi infancia, los chicos jugábamos hasta la hora de irnos a dormir. Progresamos en un montón de cosas, pero eso hoy es distinto... Creo que, como había mucha gente inmigrante que había dejado a su familia, el nuevo vecino era su nueva familia. Barracas era un barrio socialista por excelencia, con las inquietudes y, ¿cómo decirte?, la sensibilidad por el otro que el socialismo tiene, a mi modo de ver. Un orgullo, por ejemplo, es la Sociedad Luz, fundada por Alicia Moreau de Justo para darle formación académica a obreros. A mí siempre me tiró lo comunitario y el arte. Un día una amiga me dijo “Vos tenés que venir al Circuito Cultural Barracas a las clases de incursión teatral...” y me enamoré del proyecto, del espacio. En el teatro comunitario la gente que llega se integra desde donde quiere. Yo siempre trato de participar de las actividades del barrio, porque lo siento mío. Me entristece mucho ver que cada vez hay más gente durmiendo abajo de la autopista, y que haya gente que se queja de eso. Espero que la gente se sensibilice, para cuidar del barrio y cuidarnos también entre nosotros. Para mí la vereda también es tu casa. Siempre fui positiva, espero que esto nunca se me vaya.





Corina y Ricardo

Somos del equipo de coordinación del Circuito Cultural Barracas y del grupo Los Calandracas. Juntos motorizamos la idea del circuito. Los Calandracas nace hace 30 años. Cuando empezamos había una gran movida de teatro de calle: Parque Lezama, Catalinas Sur, Grupo Dorrego, Agrupación Humorística La Tristeza. Había toda una energía de agruparse, de juntarse con el vecino... Nosotros éramos todos del barrio y definimos transmitir a nuestros vecinos lo que sabíamos. Era el año '96 y vivíamos supuestamente en el primer mundo. No había un interés por lo colectivo y lo comunitario, pero apenas abrimos el lugar se llenó de vecinos. Se llamó circuito porque empezamos haciendo talleres y fiestas en distintos puntos del barrio: la plaza Colombia, el pasaje Bardi y el parque Pereyra. En el '97, cuando dimos el primer espectáculo de calle "Los chicos del cordel", teníamos esa imagen medio extraña propia de los barraquenses: la del barrio mítico, del pasado. Creíamos que los vecinos iban a querer hablar del tango, de Arola, de Bardi. Pero no, querían hablar de lo que pasaba en Barracas, de que había gente comiendo de los tachos de basura, de que en la estación Hipólito Yrigoyen se juntaban más de 30 chicos a aspirar *suprabond*. El circuito está en "la frontera" entre la clase media alta, las casas tomadas y la villa más grande de Buenos Aires. En esta zona, que mira hacia el Riachuelo, se quiere hablar de ciertos temas, y en la otra zona se mira más hacia el centro. Lo que hacemos nosotros no es solo desarrollar la creatividad sino empoderarnos como vecinos y que el barrio sea un lugar de pertenencia. Si uno lo conoce, uno lo ama; y si uno lo ama, lo cuida y quiere que progrese. Es un espacio en el que le hacemos lugar a cualquiera que tenga ganas de participar. Los espectáculos son numerosos y tienen gente de todas las edades. En Los Calandracas hay una señora que fue di-





rectora de escuela al lado de un pibe que es repetidor, o que si lo viera en la calle cruzaría de vereda. Pero están juntos, produciendo ficción y eso es muy poderoso.

Habitualmente, la ficción siempre la produce otro y la gente común la consume. Acá el vecino produce ficción a partir de lo que le está pasando, lo que le duele y quiere

compartir con otro vecino. Cuando se empieza a construir un espectáculo, los vecinos deciden de qué quieren hablar. El tema que aborden puede gustar o no gustar, pero es legítimo, siempre. Y, más allá de que se hagan aportes colectivos, hay una intención dramática de hacer de eso un espectáculo. En el teatro comunitario entendemos las relaciones humanas de un modo distinto. Producimos ficción desde lo que somos. Barracas tiene una identidad y raíces, pero no identidad como un hecho xenofóbico. Eso es un error. La identidad se construye desde la mezcla de culturas que tiene este territorio. El día que podamos integrar la cultura guaranítica, la andina, con la occidental... ¡Mamma mía! ¿Quién nos para?

Hay que tener cuidado con los progresos basados en el dinero. Estamos a 25 cuadras del obelisco y empiezan a vender el territorio. Podemos perder la condición de barrio. El barrio tiene lugares de encuentro: el club, la escuela, que conservan el sentido. En Barracas hay viejas instituciones. Sportivo Barracas con un *Megatlon* en la puerta... si el vecino no toma la posta de esos lugares los toman otro tipo de personas con intereses diferentes.

Es un momento interesante para crear. Hay crisis y la gente esta más permeable. Hacerlo colectivamente, por ahí tiene que pasar. En el pasado el vecino era alguien creador, había espacios. Está el vecino de los carnavales, que tenía ritos de encuentro con otros vecinos, comparsas, murgas. Ahora parece ser que el arte y el ser artista es para unos pocos. Estos tipos de barrios van a ser nuevamente el faro de señales culturales. Lo podemos pensar porque estamos en este barrio... en Barracas tenemos esta riqueza.





Farmacia Iriarte

Soy nieto de croatas, que se vinieron con la primera guerra. Se instalaron en una colonia yugoslava en el Barrio de la Mosca, cerca de Avellaneda. Mi padre empezó de cadete acá en Barracas, en la farmacia Río Cuarto, y como el dueño estaba grande se la vendió. Farmacia Iriarte es del año 1897, mi papá la compró en el año '51 y estuvo acá hasta que cumplió 82 años. Mi madre llegó recién recibida a practicar, y fue la farmacéutica hasta que me pasó la posta. Hace poco se jubiló un empleado que empezó a los 14 años. Cuando se casó vino a vivir acá, donde nació su hija, que empezó a trabajar a los 18 años. Hoy tiene 51 y sigue con nosotros. Mi papá era prácticamente el médico del barrio. “Eugenio, el doctor me recetó esto, ¿te parece que está bien?” ¡La cantidad de gente que venía a consultar así! “Vos sabés más”, le decían. Yo me crié en Barracas. Mis amigos eran los del barrio, vivía jugando a la pelota. Se vivía bien realmente, pocos autos en la calle, era otra cosa. Nos conocíamos todos, todos nos cuidábamos. A los 5 años iba a dar vuelta por la manzana y a los 8 iba al parque. De chiquito ayudaba en la farmacia, hacía los paquetitos de bicarbonato. Cuando le dije a mi padre que quería entrar a periodismo, me dijo: “No, yo quiero un título universitario”. Bueno, terminé quinto año y empecé Farmacia. Acá se fue mucha población, quedó mucha gente grande. El decaimiento del barrio fue en la década del '90. Este era un barrio muy fabril y después de 2001 se fueron todos: la Fabril Financiera, por ejemplo, que nos aportaba como 300 recetas mensuales. Cuando era chico había como 10 farmacias en la zona, e incluso, un sábado a la tarde estábamos de turno. Hoy entran 3 personas. En Barracas, por suerte, no está permitida la edificación de tantos pisos. Eso mantiene más el concepto de barrio. Hoy vivo a 7 cuadras y sigo teniendo el cuadernito de gente conocida que me paga a fin de mes. Mi hija, que trabaja también conmigo, tiene otra mentalidad. Mi papá, cuando llegaba fin de año rompía todas la boletas adeudadas. Yo, a la gente que me conoce de chico, ¿qué le voy a decir? ¿que no? Cuando fue el paro de PAMI ¿qué iba a decir? Estoy de paro. No, yo atendí igual. Si te crías en el barrio tenés otra relación con el vecino.

Cachito

Mi abuela fue una de las primeras habitantes de *las casitas*. El barrio Espinosa se hizo en el año '23. Son 64 casitas que se hicieron cuando acá no había nada. Monseñor de Andrea organizó una colecta con alcancías callejeras, se juntaron un millón de pesos, y pidió que las casas fueran para gente joven. Venían el pescador, el tachero, que arreglaba las ollas con el soldador, el lechero, que tocaba una campanilla y a los que nos gustaba salíamos a tomar la leche, recién salida de la vaca. Después fue creciendo alrededor. Lo que primero se hizo fue la Basílica del Sagrado Corazón. Este barrio fue privilegiado, porque había grandísimas fábricas que le dieron trabajo a mucha gente. La Cooperativa del Hogar Obrero daba créditos blandos y muchos compraron su casa. Barracas tenía la impronta de los inmigrantes que venían a trabajar. Se formó una familia de gente buena. La enfermedad de uno era la enfermedad de todo el barrio. No había llave, las puertas estaban abiertas. En carnaval salían hasta los abuelos a jugar al agua. Después tuvimos la suerte de que se fundara el Club Pereyra, acá enfrente. Ser joven en Barracas era una fiesta, no había peligro de nada. Las chicas caminaban tranquilas. Al Club Perreyra venían las mejores orquestas que había: Troilo, Castillo, De Angelis, Di Sarli, D'Arienzo. Yo me colaba por el alambre y de ese tiempo me quedó un amor por el tango que no lo puedo ni contar. No había separación social ni disputas religiosas o políticas. El Club influyó enormemente en esto.

Nina vivía frente a Santa Felicitas. Siempre discutimos de cuál lado era mejor. Aquella parte tiene la mayoría de las historias de Buenos Aires, por Montes de Oca, que se llamaba la calle Larga. Todos los ricos tenían casas hermosas, mansiones y casonas. Venían de vacaciones desde Palermo. En esos tiempos no había tantas diferencias. El barrio de este lado no se transformó tanto. Todavía hay casa de chapas, edificaciones viejas. Para nosotros los nostálgicos, hoy ser un vecino de Barracas es distinto, la gente ha cambiado. Pero se mantiene un espíritu de comunidad, una forma de ser de Barracas.



Manolo Cainzos, primer encargado del barrio, junto a su hijo Pancho, frente al portón de "Las Casitas".

Sportivo Barracas

Un 30 de octubre de 1913 nació el club orgullo de Barracas. Inicialmente como club de remo, fue sumando múltiples actividades deportivas y sociales. Pero fue el fútbol el que lo catapultó a la historia del deporte nacional. Desde 1916 disfrutó de la máxima categoría, viendo pasar por sus filas a los hermanos Cherro o el gran Alfredo Di Stefano, nacido en Barracas. La Copa Jockey Club en el '21 y el Campeonato del '32 sus máximas conquistas. Fueron muy recordadas sus giras internacionales a Brasil, España, Italia y Portugal, enfrentando al Barcelona, Juventus, Milan, Roma, Lazio y la selección de Portugal. Ganaron 8 partidos de los 14 disputados. Finalmente optaría por el fútbol amateur, desafiándose de la AFA en 1937 para regresar en 1967.

Su estadio, inaugurado el 11 de junio de 1920, se hizo famoso por albergar los partidos de la Selección Argentina. Fue escenario del Sudamericano de 1921 y de la Copa América de 1925. Un público entusiasta desbordó el estadio en ocasión del encuentro entre la selección Argentina y el campeón olímpico, Uruguay. Al ser reprogramado se estrenó el alambrado "olímpico" cuatro días después. Ese mismo día, Cesáreo Onzari convirtió el primer gol directo de tiro de esquina, también bautizado como *olímpico*. Argentina ganó 2 a 1. Fue allí también donde Luis Angel Firpo haría su primer pelea de box al aire libre.

En los Juegos Olímpicos de Los Ángeles de 1932 ganó la medalla de oro quien supo vestir los colores del Club: el "Ñandú Criollo" Juan Carlos Zabala.

Pero es el vecino el gran protagonista de su historia, que lo mantiene vivo en su memoria, y seguramente el único que le pueda devolver su grandeza.



Notas Gráficas del Primer Partido



Una admirable salvada de Platko. El guardavalla del Barcelona en posesión de la pelota evita hábilmente la arremetida de Orsi y Tarascón, en el primer match, jugado en el Sportivo Barracas, que terminó con el triunfo del combinado local por 3 goals a 1



Se ve de verse hostigado por los delanteros, Basso detiene en forma verdaderamente magistral un buen tiro al tiro.

Una incidencia en el centro de la cancha. El centro half catalán obstaculizando la acción de Tarascón.



Natatorio del Club Sportivo Barracas



La tradicional camiseta a rayas



El Puentecito

Abrió como fonda en 1873. Primero fue una posta de carretas, donde paraban a descansar los gauchos y los animales, después fue bodegón y ahora restorán. Tiene historia. Arriba había pensión, y desde uno de sus balcones, Hipólito Yrigoyen pronunció su discurso antes de ser presidente. Lo mismo Alfredo Palacios, o Raúl Alfonsín, que era habitué. Venían artistas, como Quinquela Martín y Julio César Vergottini, o los jugadores de Racing e Independiente de todas las épocas. Mi papá vino de España y compró en el año '58. Había 12 dueños españoles y uno quería vender. A los 2 años los otros 11 socios querían vender. Mi viejo conocía mucha gente, así que todos juntaron sus pesitos y armaron una sociedad. En el '60 se sumaron mis tíos, y hoy somos los primeros. Acá la historia la hicieron los viejos y uno tiene que hacer el sacrificio de mantenerla. El parrillero estuvo aquí desde los 10 años y siguió trabajando después de jubilado. Los comensales venían y le gritaban: “¿Qué hacés Raúl, mandame lo que ya sabés”. ¡Eso era impagable! En el '74, cuando mi mamá falleció, papá nos traía a lavar copas y mejillones, ¡veníamos con una alegría! Recuerdo cruzar el puente de Avellaneda, cuando tenía esas tablas viejas, que daba miedo cruzarlo. Estar acá era ver a los obreros, a los colectiveros de la 24, la 12, la 100... Te invitaban de mesa en mesa. La gente vivía su momento, y cuando hablaba del pasado era hermoso escucharla. A mí siempre me gustó escuchar a la gente grande. Los ciudadanos perdimos eso antiguo tan lindo de charlar con el vecino. Antes el cliente era más juguetón con el mozo. Los más antiguos vienen y me dicen: “¡Te extraño, che!” La gente necesita un mimo. Barracas es muy especial, el que nació acá no se quiere ir. Te puedo dar infinidad de ejemplos de vecinos que no se irían por nada y hablan con orgullo de su barrio. Yo le tengo amor a este “rectángulo inmenso”, al esfuerzo de mi viejo. Es más amor que locura de hacer un billete. A mí me gusta cuando alguien me dice “Yo conocí a tu viejo”, y me encantaría que el día de mañana le digan a mi hija: “Yo hablaba con tu papá”. La historia no es escapar. Si la cosa va mal y me tengo que ir lo haría, pero si me da para vivir, me quedo.



Pastas Bologna

Apasionado y orgulloso, Luis nos cuenta: “Mis tíos pusieron el negocio en el ‘56. Lo empezaron de abajo. Era un negocio familiar y ayudaba hasta mi abuela. Había un pastero italiano que era un gran amigo. Él trajo la borraja en la mochila. La borraja se usaba mucho en Italia, en España, para hacer tortillas y omelettes. Mis tíos la cultivaron en la quinta y se nos dio por ponerla en las pastas. Los ravioles de borraja son los especiales de la casa. Muchos clientes te dicen: “Estos son los mismos sabores que hacía mi abuela”. Excepto algún verdulero veterano, ahora no saben ni qué es. El boca a boca fue agrandando la clientela: de Núñez, de Palermo, de San Isidro... El otro día vino una señora y me dijo “¡Envolvémelos bien!”. ¿Hasta donde van? le pregunté. “A Lima” y yo pensé que era acá en Constitución, pero era Lima, Perú. Acá hay confianza. Nuestros empleados empezaron desde chiquitos. Somos una familia”.

Se suma Alicia, vecina y empleada de Bologna: “Hoy Barracas es muy despareja. Es un barrio muy grande y muy diferente. Está la división de lo que es el norte y el sur. Esta zona sigue siendo un barrio. Acá los vecinos todavía nos conocemos todos. Los chicos siguen jugando en la vereda. Hay toda buena gente, laburadora, sana, de familia. Salimos a tomar mate y nos ayudamos en lo que podemos. Como antes, cuando se inundaba todo hasta las rodillas, tenías que desarmar las máquinas y sacar los motores cada vez. Era una Patricios desnivelada, con escaleras. Había muchísima gente. Estaban las comparsas de todos los colores, los tangueros, los bailes. Los vecinos sacaban la silla a la calle y disfrutaban de los carnavales... me gustaba más esa época que esta”.





Hace más de diez años, cuando volví al barrio, hablé con el rabino y me dijo que podía tomar este trabajo. Es en un colegio que se hizo solo para gente de la colectividad judía. Antes no era un barrio tan practicante, ahora hay más sinagogas. Son los hijos de aquellos que nacieron acá. Hoy, la gente conocida, se fue toda. Acá hay gente que ni se acuerda de mí. De todos con los que yo jugaba de chico, no queda nadie. Está todo lleno de edificios. Se fueron a Once, a Flores, a Lomas de Zamora. Pero yo añoraba estar acá. En Barracas pasé mi infancia. Es un lugar muy querido.

¡Huelga de inquilinos!



[...] En el transcurso de 1907, los inquilinos que vivían en más de quinientos conventillos en la capital se sintieron alarmados por la suba de alquileres, agravado por los bajos salarios que se percibían. Se difundió la orden entre los moradores de no cumplir con el pago.

Los propietarios iniciaron entonces los desalojos, que hacían efectivos los empleados municipales. Los vecinos comenzaron a ayudarse entre sí, y los muebles y demás enseres puestos en la vereda, eran vueltos a entrar... Un joven periodista y autor teatral -Tito Livio Foppa- inició una intensa campaña en defensa de los desalojados. Los conventillos situados a lo largo de la calle Ituzaingó, desde Bolívar a Montes de Oca fueron escenario del movimiento liberador. La rebelión se inició en la pieza de la planchadora Josefina Rinaldi que vivía en el inquilinato conocido como “Los cuatro diques”. En esa pieza, que era comedor, dormitorio, taller de planchado y en cuya cama yacía enfermo su hijo, comenzó a reunirse la comisión de huelga.

Paulatinamente se sumaron los conventillos de Ituzaingó 255, 279, 325. Luego el de Uspallata 449 y luego de “bastiones”, el famoso “Las 14 provincias” de San Telmo y “La Escoba Negra” de Herrera, al pie de la barranca. Grandes contingentes de vecinos recorrían las calles, portando escobas en alto “para barrer a los caseros”, profiriendo frases como: ¡Abajo los alquileres y toda su cría! ¡Viva el hombre libre en el conventillo libre!

Enrique Horacio Puccia

Barracas. Su historia y sus tradiciones. 1536-1936



“El sábado 12 de julio de 1930, un vehículo de la línea 105 (interno 75) de la compañía de Tranvías Eléctricos del Sur, que venía de Temperley, cayó al Riachuelo desde el Puente Bosch.

Murieron 56 personas y solo sobrevivieron cuatro.

En un día frío y con neblina, el tranvía llevaba trabajadores que cruzaban a la Capital. Hombres, mujeres y también niños que comenzaban su vida proletaria aprendiendo oficios junto a sus padres en fábricas, talleres y frigoríficos.”





Amelia

Mi abuela paterna, doña Pía, era de Firenze, Italia, y tenía fama de no querer que a nadie le faltara un café con leche. Eran épocas duras, venía de la guerra. Llegó a Argentina embarazada, después vino mi abuelo. Al llegar se les ocurrió poner una pension para dar comida en la calle Herrera. Era una zona de muchos talleres gráficos, así que iban muchos mecánicos. Yo era chiquita y salía a la puerta. Los chicos jugaban a la pelota. A veces pedía permiso para que me dejaran jugar, ¡y me ponían nada más que de arquera! Después, mis padres y mis abuelos abrieron la Aida, un restaurante-pizzería, en la calle California. Mi abuela cocinaba sus recetas y se servía a los parroquianos. Yo jugaba en la fonda mientras la familia trabajaba y lo disfrutaba mucho. Era un negocio conocido en Barracas. Todos íbamos al colegio público Presidente Derqui, en la calle Iriarte. Siempre fue un barrio amistoso, de mucho inmigrante. Los vecinos eran muy compañeros y solidarios. Familia que tenía un problema iba el vecino a ayudarla. Había gente de la colectividad en la cuadra. Nos sentíamos muy hermanados. Nos juntábamos a tomar la merienda. La casa de uno era la casa del otro. Desde los 8 años empecé a nadar en Sportivo Barracas. Era el único club del barrio con pileta, hasta corrí torneos... ¡me anotaba en todas! A los 14 empecé a ir a los bailes. Mi mamá me hacía vestidos, polleras fruncidas, paisanas y blusitas. Era todo un acontecimiento... más de 4 romances salieron de ahí *{Amelia no puede contener la risa}*. Tengo recuerdos hermosos. Me recibí de maestra en el Normal 5. Cuando estudiaba éramos el blanco favorito de los chicos del Fray Luis Beltrán. Me acuerdo de ir a misa los domingos con algún muchachito que te venía a buscar. Uno me había escrito una cartita de amor... ¡no sabés qué cartita! Pero la madre lo quería matar, porque era judío. Yo soy católica, no fanática, pero me acuerdo siempre del Día de Santa Lucía... ¿sabés por qué me gusta? Porque me encuentro con todos los antiguos vecinos. Todo Barracas va a la procesión a tirarle jazmines a la virgen. Yo viví 3 años afuera, en Brasil. No sabés lo que lloré. Rezaba y hacía promesas de volver. Siempre tuve mis ojos y mi corazón mirando al sur. El barrio hoy es más frío, pero me sigue tocando. Lo camino, lo veo y me vienen los ecos. Han tirado muchas cosas abajo, el mercado Pepín, la feria de Iriarte... acá me siento muy contenida. Es mi lugar en el mundo.

Titi

Soy el párroco de Santa Lucía desde el '85. Fui bautizado acá, tomé mi primera comunión acá, me confirmé y celebré mi primera misa acá. A mis 15 años ya estaba en Acción Católica. Cuando empezó a poblarse el barrio se comenzó a hacer la parroquia juntando fondos de muchas maneras. Mi abuela me contaba que había unos barriles vacíos de vino o cerveza, para que la gente tirara sus monedas. Existía más fidelidad a valores y a estilos de vida solidarios. No olvidemos que la gente venía de la guerra y de pasar hambre. Antes se vivía con las puertas abiertas. Estábamos todos integrados: judíos, rusos blancos, sirios, libaneses, cada uno tenía su fiesta pero, cuando llegaba el momento de jugar a la pelota, jugábamos todos. A veces, los vecinos, con los pelotazos llamaban a la policía y rajábamos todos. Si estaba el vigilante de la esquina, que nos conocía, agarraba la pelota y todos “Uhhhhh...” y, si no lo veía nadie, la pateaba y la devolvía. En carnaval siempre había alguno que sabía cómo hacer funcionar la bomba de calle de los bomberos... era una guerra a los “baldazos limpios”.

Nací en Patricios al 700, a 3 cuadras de la cancha de Boca y a 8 de Santa Lucía. Así que, en ese orden, fui primero a Boca y después me bautizaron. Cuando jugaba Boca tenías que salir una hora antes para tomar el tranvía. El 10 subía la barranca por Piedras hasta Caseros. Cuando venía lleno, iban todos colgados. A veces, entre la barranca y el peso trasero, el tranvía no tenía fuerza para subir y el guarda gritaba “¡Muchachos se queda!” Así que se bajaban todos a empujarlo. La salida de la cancha era una marea humana de trajes y sombreros. En la fábrica Peuser, donde está ahora el Bellas Artes, trabajaban muchas mujeres. Era una imprenta. A las 12 del mediodía, la puerta estaba sobre Patricios, sonaba la sirena y salían todos. Había muchas casas de comidas, los bodegones, los boliches para la juerga popular. Tanta





gente vivía acá. No se puede comparar, era otro mundo, más ligado al barrio. Todos se conocían. Dependíamos más uno del otro. Era hoy por vos, mañana por mí. La misma vida con sus necesidades modelaba las actitudes de la gente. La gente a veces me dice: “Che, ¿no estas cansado de estar siempre en la misma parroquia?” Yo digo que la parroquia que recibí en 1985 ya no existe más. Cambié de parroquia sin mudarme. Hubo que cambiar porque todo cambió.

Lo que se mantiene es la procesión de Santa Lucía. Siempre fue una expresión popular desde tiempos inmemorables. El jazmín es la flor de la época y la de las viejas quintas de la zona. Usamos una frase tradicional que usaba Samperio: “Siendo las 18 horas del día 13 de diciembre sale del templo la cruz procesional”. Yo retomé eso y la repito todos los años. Hay mucha gente que camina, otra está parada, o la sigue desde los balcones.

Viene gente de todos lados sólo para ese día, aunque llueva. En Barracas se mantiene lo familiar, porque la gente que se va, quiere volver. Eso habla del cariño que se le tiene al barrio.

Santa Lucía



Procesión y festejos del 13 de diciembre de 1902, Caras y Caretas.



Iglesia Santa Lucía, 1904



Guillermina

Nací en Osvaldo Cruz y Pedriel y nunca me fui más lejos que un par de cuadras. Cuando era chiquita Barracas era un barrio típico, de vecinos, amigos y jugar en la calle. Como mi papá tenía teléfono por el *service* de heladeras, todos los vecinos daban el número de casa y les avisábamos al grito de: “Stella, vení que te llama tu primo”. Lo que hoy es el CMD, era un mercado de pescado. Los días de calor salíamos con la sillita y hacíamos vereda, y tipo once de la noche, después de cenar, venían los camiones... ¡un olor!. Estaban todos los mayoristas que venían de Mar del Plata. A la mañana salían rápido los camiones con los pescados frescos. Cuando cerró estuvo muchos años abandonado, estábamos con miedo a que se ocupe. Fue una alegría cuando lo abrieron.

Recuerdo que la pinturería de la esquina tenía un mono tití, Pocho se llamaba, por Perón. Se armaba cada podrida, porque mordía a las señoras o se escapaba. Ahora no tenemos ni un almacén cerca... era mucha gente, había mucho barrio, muchas casas chorizos, que eran casas de inquilinato y vivían muchos obreros. Era un ambiente dinámico. Había una fonda en cada esquina. Lamentablemente en mi cuadra hoy hay un vecino solo, los demás son todos galpones. Al no haber gente empezó a desaparecer todo. Tiran casas y hacen galpones. En mi barrio ahora no hay kioscos, porque no hay chicos tampoco. Al lado de mi casa hay una empresa importante, y me vinieron a comprar la casa. Yo les dije que no, que mi casa no se vende.

Antes trabajaba de maestra de jardín en Santa Elisa, y un día cayó en la bicicleta el padre Toto, y me ofreció ser la directora de la escuela en la villa. Mis amigos me decían “¿Qué vas a hacer ahí?”, y ahora son los que me ayudan. Nos cambió la visión a todos. Me encontré con otro barrio. La villa tiene 60.000 habitantes y el 60% son niños y adolescentes. Es una comunidad paraguaya de gente muy buena y solidaria. La Barracas de mi infancia tiene algo en común con esta Barracas. Toda la gente tomando tereré en la vereda, charlando. Eso me da un poco de envidia, porque es mi barrio viejo. Eso yo ya no puedo hacerlo, primero, porque no tengo vecinos y, después, porque mi vecino de al lado hace la suya. Acá en la villa todos potrean en la calle, es mi Barracas vieja...

Claudia y Félix

Cuando yo vine por primera vez era la época en la que venían los paraguayos y hacían su casita. Era todo descampado, se veía todo. Estábamos más hacia Perito Moreno. Vivíamos, en una pieza, mi mamá, mi tía, con 4 o 5 familias. En el '70 se quemaron casi 200 casillas y nos mudamos acá. {Claudia recuerda}

Acá nos conocimos. Esta casita era de Claudia, y quizás sea la más vieja. Cuando yo vivía en Asunción mi hermano me contaba de Barracas. Nosotros teníamos muchos amigos de la infancia que ya vivían acá. Cuando llegué trabajé en pintura y construcción, que era el oficio que nos enseñó mi papá. En aquella época las casas eran todas de cartón, porque había una restricción para entrar materiales. En el '74, '75, la colectividad paraguaya armó una capillita con la madera de un barco abandonado. Trajeron la virgencita de Caacupé y la gente rezaba ahí. Era todo campo, las calles eran de barro, no había ni pasto. Yo llegué cuando Perón asumió su presidencia. Luego los militares nos quisieron echar por la fuerza, pero el padre Daniel de la Sierra y un abogado lo impidieron. Cacciatore ofreció dinero y muchos se fueron. Quedamos 60 casillas y ya nos teníamos que ir, pero llegó la guerra de Malvinas... ¡Regresaron todos! Agarraron la canchita, la calle, venía gente por todos lados, cerca de la salita, de la vía. Después empezaron a lotear, a tomar, y ya podía entrar material para la obra. Ahora en la villa, entre nosotros, ya casi no nos conocemos con el resto, no tenemos la amistad que teníamos antes.

Antes íbamos a comprar al mercado Pepín, había mucho negocio que se cerró. San Antonio era lindo... la calle Vieytes, Iriarte está triste ahora. Los de Barracas venían al barrio a jugar al fútbol, se hacían misas. La villa estaba más integrada con el barrio. Ya después, criar hijos acá era difícil, cuando los querías llevar a la escuela, no los querían pasando la Vélez Sarsfield. No querían a *los de la villa*. Ya no salimos para el resto del barrio. Hoy la gente de acá va a Pompeya. Si hubiera negocios en Barracas, nos quedaríamos, pero eso ya no está más. Ahora en la villa, entre nosotros, ya casi no nos conocemos con el resto, no tenemos la amistad que teníamos antes. En el pasado nos juntábamos todos, conocidos y no conocidos. Ahora ya no tanto, pero igualmente con un grupo compartimos juegos, truquito, música, algunos tocan la guitarra y todavía mantenemos esa cordialidad...





Antonio

Empecé en 1969, a los 18 años. Vengo de una familia de calesiteros. Mi papá era calesitero en Parque Rivadavia, mi tío en Parque Saavedra, mi hermana en Santos Lugares. Para ser calesitero tenés que tener tiempo y paciencia. La calesita es una recreación que no conoce distinciones sociales. Para mí los chicos son todos iguales, el que tiene y el que no. Si no tiene y me pide, lo dejo pasar. Antes que mi papá estuvo Doña Carola. Cuando él no quiso seguir, seguí yo. La calesita tiene prácticamente 80 años en el parque. Antes, el predio era de los Pereyra Iraola y acá estaba la cancha de Sportivo Barracas. Después ellos lo donaron a la Iglesia y la otra parte le quedó al Gobierno de la Ciudad de esa época. En los '70 Barracas era distinto, más barrio. En el lago de enfrente había pescaditos y los juegos eran de madera. Había menos construcción y más descampado. Era un barrio de trabajadores. Había miles de fábricas, los expresos Andreani, General Motors, Siam Di Tella, Chevrolet... En este sentido Barracas fue decayendo. Se armaban partidos de fútbol y picnics. Un pibe de 14 años andaba en la calesita, ahora uno de 9, 10 ya no te sube. Cambió el tiempo, la manera de vivir de la gente. Ahora, al tener menos seguridad, la gente se encierra en los shoppings. Un día como hoy, estaba llena, ahora, olvidate.

Hace 48 años que estoy acá. Todos me conocen. La calesita te esclaviza pero da sus satisfacciones. Yo voy por Saavedra y me encuentro a alguien que dice: "Ahí va el calesitero de Barracas". Vi pasar tres generaciones. Venían los pibes míos y hoy vienen mis nietos. Es la cédula de identidad que dejás. Igual la calesita se corta conmigo, mis hijos están en otras cosas.

Para mí, la vida es como la calesita, te da muchas vueltas pero siempre volvés al mismo lugar, con sortija o sin sortija. La gracia es intentarlo en cada vuelta.

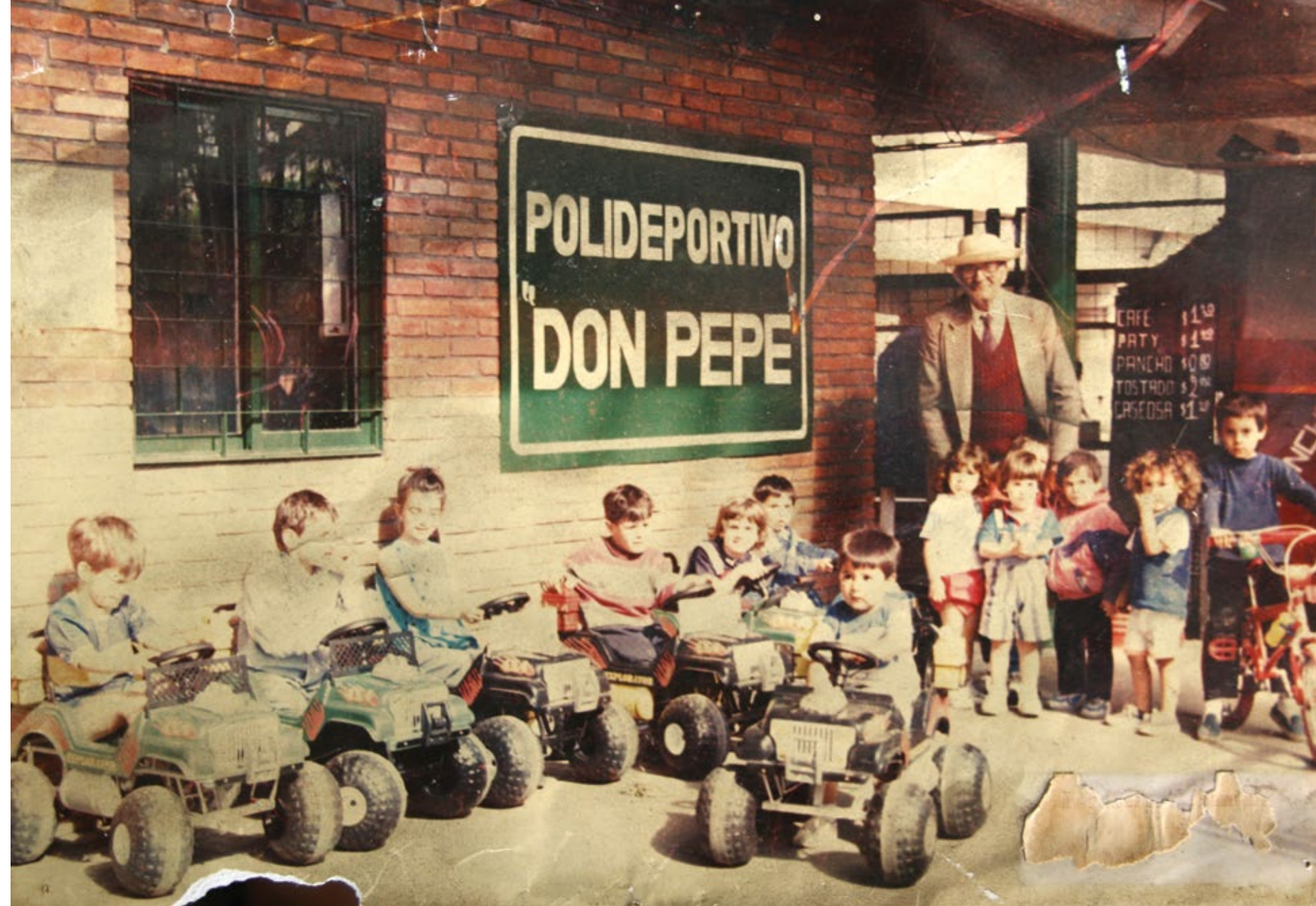


Don Pepe

Amaba Barracas, y lo hacía a partir de sus acciones. Mucho había colaborado cuando esto era una plaza. Luego, cuando se hizo la autopista, se destruyó una gran parte. Las hamacas y muchos juegos que él había donado fueron tirados abajo. Don Pepe insistió para que el predio se pudiera recuperar y así se hizo. Después, con su insistencia, el Gobierno de la Ciudad hizo el polideportivo. Por eso, hoy lleva su nombre.

Quizás por la tradición socialista heredada de su padre, Don Pepe tenía la convicción de ayudar a todo el que pudiera. Su vínculo con el barrio viene de varias generaciones. A todo el que se le acercaba, lo saludaba y ahí empezaba un nutrido diálogo. Él había sido juguetero y, con la ayuda de colegas de todo el país, organizaba la recaudación de juguetes para el Día del Niño, o cuadernos, cuando empezaban las clases. Algo característico del último tiempo era que pedía bicicletas o triciclos y los tenía acá en el parque. Los sacaba a la tarde y los ponía a disposición de los chicos. Esa era su actividad de todas las tardes. Siempre estaba atento a pedir algo para el parque. Un hombre poco común, profundamente creyente, muy entregado y generoso. Siempre en traje y corbata. A veces, con mucho calor, le decías: “Don Pepe, con esa corbata!” ... y él te contestaba “¿Y la pinta?” *{Cynthia recuerda entre risas}*. Él estaba más allá. La comunidad de Barracas lo reconocía. Siempre con sus valores por delante. Falleció con 92 años.

El polideportivo funciona todos los días de 8 a 20. El acceso es libre y gratuito y eso favorece el encuentro, el punto de reunión de adolescentes que vienen a jugar al fútbol y se juntan a charlar o a tomar mate. Viene gente de todos lados, aún no siendo vecinos directos del barrio. Hay muchos inmigrantes en el vecindario, especialmente de Bolivia. La idea es que las actividades sean inclusivas, recreativas, de iniciación deportiva. Acá todos participan y tienen una experiencia positiva del deporte, más allá de tener algún talento deportivo. Durante las actividades de los chicos, los papás se reúnen y se forman grupos. Festejamos el Día de la Primavera, el Día del Niño... Para nosotros es importante conservar la fiesta, el encuentro de la comunidad de Barracas dentro del parque, como lo hacía Don Pepe.

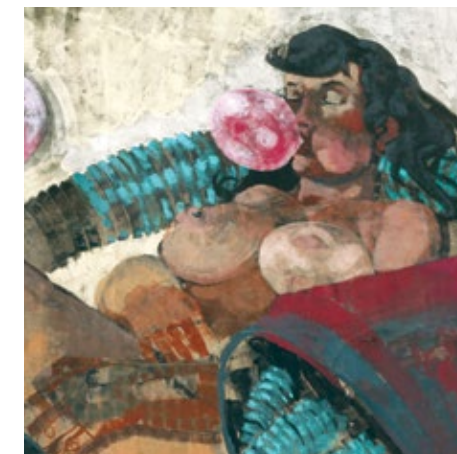
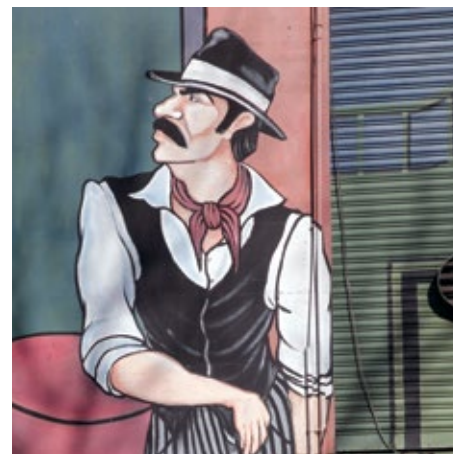




Camilo

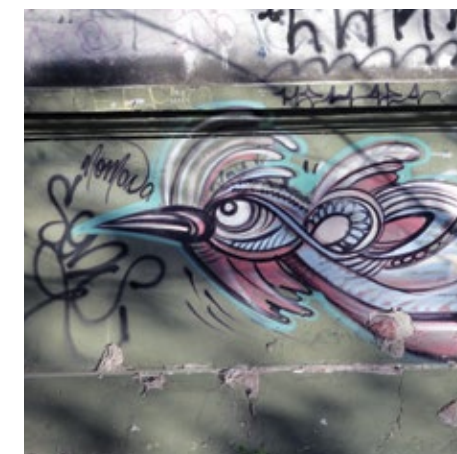
Cuando salí del servicio militar -en 1963- el primer trabajito fue de mozo en una comandita... entre muchos españoles ponían un bar. Al año ya estaba acá en La Flor de Barracas. Antes se llamó La Puñalada y Tarzán. Cobraba menos, pero tenía casa y comida. Vivía en la parte de arriba, que entonces funcionaba como pensión de hombres. Había trabajadores de Piccaluga, Águila y Alpargatas. En general, la mayoría eran cabe-citas negras... eran como yo, venían del interior. Había muchas pensiones, porque había muchos obreros. En aquella época se tomaba mucha bebida blanca, grapa, ginebra, moscato. Los domingos a las 11 se venían todos a tomar el vermut. En el '66 hubo que transformarse: se sacó la pensión y quedó sólo el restaurante. Cuando empezó a andar mal, pusieron el pool y después cabinas. El cliente no cambió tanto. Acá siempre se trabajó con gente obrera. Según la situación yo pasaba del salón a la cocina, y si había que trabajar más horas me quedaba. Algunas veces desde las 6 de la mañana a las 8 de la noche. Muchos recuerdos... Acá enfrente era un colegio de señoritas nada más. El otro día vinieron a saludarme unas chicas y se acordaban cuando se hacían la rata y les guardaba los guardapolvos. ¡Era un compromiso! A las primeras rectoras que había acá, ¿sabés qué miedo le tenían? Igual las chicas hacían travesuras. Una vez rajaron, entraron al consultorio médico del doctor Manzani y las perdieron. La rectora creyó que nosotros las habíamos metido acá, entonces, hizo bajar a una preceptora al sótano... Eran terribles, ¡en barra no se si eran peores que los pibes! La mayoría de las chicas se enganchaba con los chicos del Beltrán, muchas historias de amor en esta esquina. Barracas era un barrio tranquilo, nada que ver con ahora. Hace 50 años que estoy acá e hice muchas amistades. Siempre me gustó ir al almacén, a tomar mate cocido o a jugar a las cartas. Me siento contento porque nunca tuve peleas. La gente me recuerda con cariño.

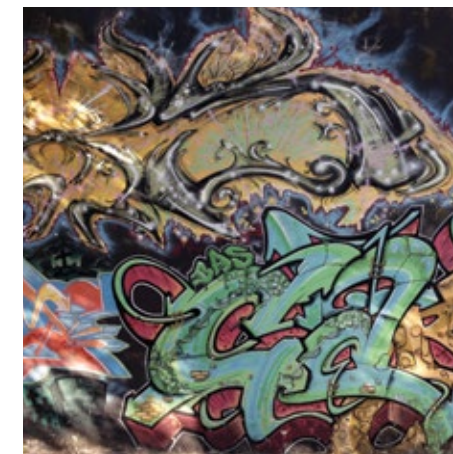
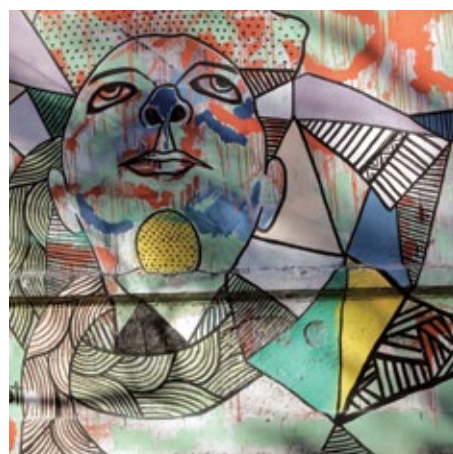




B A R R A C A S

B A R R I O D E M U R A L E S







Marcelo

Soy el director de la Escuela de Música de Barracas. Desde que estoy a cargo trato de darle una impronta netamente local para identificar a esta escuela con su comunidad. Es muy importante la labor que hace la escuela en la reproducción del arte y de la música en particular. La mayoría de los que concurren son vecinos de Barracas. Logramos es que los chicos toquen en lugares emblemáticos del barrio porque es una de las maneras que tenemos para difundir la escuela: Casa Cuna, Los Laureles, la Flor de Barracas, el Progreso y en colegios. Es una vivencia inolvidable para los chicos. Hace 6 o 7 años que tocan y ya son músicos que están dando shows. Las familias se acercan y así se retroalimenta la escuela con sus vecinos y con su comunidad. Revalorizar lo local, lo barraquense me parece muy importante.

Barracas tiene una historia musical enorme, partiendo de Angel Villoldo, el padre del tango. Es una historia que tiene que ver con la migración del siglo XX que le dio esa impronta tan particular al barrio. Hoy hay una generación nueva que se está dedicando a la revalorización del tango como género musical argentino.

Yo tengo 48 años y sigo viviendo en la zona donde nací, en el Parque Pereyra. Antes los chicos nos divertíamos jugando en la vereda o en la placita. Jugábamos a la pelota hasta cuando te llamaban para tomar la leche. No había el tráfico que hay hoy. Había más calles empedradas que de pavimento. Tuve una infancia muy feliz. Este es un barrio de inmigrantes, y eso significa que está vivo. Es un barrio dinámico. Hay una nueva Barracas, que es la más importante, la Villa 21. Ahí el censo dice que el 60% de los barraquenses vive en la villa. Paulatinamente se irá integrando como el resto del barrio, que se fue integrando en su momento. Barracas, en esa parte no tiene tantos prejuicios. El inmigrante y el vecino aportan desde su individualidad. La realidad es que existen. Los aceptás o no, pero no lo vas a cambiar.



Stella Maris

Soy profesora de educación física y bibliotecaria, desde hace 8 años, en la Escuela Normal N° 5. Fui alumna de jardín, primaria y secundaria. La escuela es mi segunda casa, conozco todos sus rincones. Lo que más me gusta es estar con los chicos, me siento con ellos, charlo, los saco de problemas. Vivo acá diez cuadras. Yo nací en Barracas, crecí en Barracas. Mi papá nos sacaba mucho por el barrio: Plaza España, el puerto... Recuerdo que los fines de semana había carreras de rulemanes en Parque Lezama y nos alquilaba los carritos. El parque tenía lo que quisieras: el anfiteatro, la bicicletería del pozo... una cueva divina. De chica amaba mi escuela, me ponía la camiseta y participaba de todas las actividades. Mi mamá era de la cooperadora y a mí eso me daba orgullo. Era un muy buen colegio público. Venían alumnos de mucho poder adquisitivo. *“Estás en el mejor colegio de Barracas”*, te decían. Cuando me capacité para ser profesora todo empezó a cambiar. Los chicos de clase media para arriba se iban a colegios privados. Hoy el barrio tiene muchas diferencias entre el que tiene plata y el que no. Al laburar en la escuela, me involucro mucho más con los chicos de la villa. Cuando yo era alumna había más diversidad. No se decía *los de la villa*, se decía los de Barracas al fondo, los de las casitas de Iriarte, los de Montes de Oca o los de los chalecitos de Aristóbulo. Con el tiempo aprendí los límites geográficos pero para mí todo es Barracas, con su diversidad. De adolescente había más barrio. Éramos 40 pibes en una plaza. En la zona del Pereyra el barrio tenía vida, los chicos jugaban en la calle, las vecinas compartían un mate con las puertas abiertas. Yo las ví. Quizás te metías en una casa, salías, te metías a otra y así pasabas la tarde... pero ahora ya no. Ahora es distinto. Hoy Barracas tiene una zona céntrica con mucho edificio hormiguero. Después, en la periferia del barrio tenés más casitas bajas. A mí me gustaría que dejen de edificar tanto. He visto casas transformadas en edificios y me duele, porque eso genera un cambio de vecinos. El funcionamiento de barrio se sigue dando por la gente que mantiene las viejas costumbres: relacionarse con el vecino, el almacenero, ser cordial, ayudarlo. Eso hoy es más difícil, pero te das cuenta cuando alguien quiere sostenerlo, y está buenísimo, porque si viene uno de afuera y ve que todos se saludan con un “buen día” y respeto, va a hacerlo también.





ESCUELA PARRAL DE SAN LUIS - SAN ANTONIO 650
AÑO 1929 - 1er Grado (BARRACAS)

Francisco

Tengo 93 años cumplidos en Barracas. De chico nos íbamos a bañar al Riachuelo y la parte baja era como de arcilla. El agua era marroncita pero nos podíamos bañar tranquilamente como dios nos trajo al mundo. ¡Cuando escuchábamos la lancha de la prefectura a veces corríamos en calzoncillos una o dos cuadras!. Las mayores barracas estaban frente al Riachuelo. Había una muy linda que se llamaba San Ricardo. Metían la lana dentro de unos cofres de madera, y los que teníamos confianza, hacíamos los colchones con lo que ellos nos daban. Pero las verdaderas barracas eran las de cuero, me acuerdo del olor de los cueros ya salados... Mi padre era albañil y mi madre costurera, era chalequera. Cada traje tenía que tener su chaleco. Barracas era un barrio de inmigrantes y obreros. Los españoles eran almaceneros, los italianos, soldados. En esa época venían grandes lanchas que traían frutas del Tigre. Los chicos íbamos a los carros que tiraban las bananas maduras y nos llevábamos una docena cada uno. A los 10 años ayudaba a mi papá a hacer changas. Teníamos una pala ancha que brillaba. Se ponía sin el mango encima de 2 ladrillos, se hacía el fuego, dos churrascos vuelta y vuelta, un vasito de vino y nunca faltaba ánimo para seguir... Antes, en Barracas el que tenía trabajo era una persona feliz, no le faltaba nada. Y el que no tenía, no importaba, porque otro se lo daba. En cada casa había 2 o 3 familias. Cuando se hacía un casamiento, íbamos todos y bailábamos al son de la guitarra y del bandoneón. El bandoneón era sagrado. Los vecinos eran muy macanudos, teníamos parrales y cuando hacíamos la cosecha, un plato iba para ellos. Cuando caía el sol, salían a la puerta y se sentaban a tomar unos matecitos y a charlar de sus hijos, de las notas de la escuela.

Empecé a ir a Asociación Fraga porque se pedían alimentos no perecederos. Todos los meses cuando cobraba veníamos con mi finada esposa. Traíamos ropa y ellos se encargaban de repartirla. Hoy sigue siendo mi forma de seguir contribuyendo con la comunidad de Barracas.



Asociación Fraga

La inmigración masiva de finales del siglo XIX y principio del siglo XX, la falta de viviendas y de trabajos dignos, trajo aparejado el abandono de niños que comenzaron a vivir en las calles de Buenos Aires. No existía aún la tutela estatal, pero sí un entramado de organizaciones de beneficencia y eclesiásticas que se encargaban de los niños sin familia, ubicándolos en casas para servidumbre o fábricas que empleaban la mano de obra infantil.

En 1904, al asumir la presidencia el Dr. Manuel Quintana, es nombrado como jefe de la Policía de la Capital, el Coronel Rosendo María Fraga, a quien se le encomienda solucionar uno de los tantos conflictos sociales de la época: la delincuencia juvenil. La falta de políticas sociales del régimen restrictivo conservador, hicieron que Fraga buscara apoyo en la sociedad civil, que comenzaba a cuestionarse el accionar político, alentando la idea de que para reducir la delincuencia no era necesaria la construcción de nuevas cárceles, sino la fundación de más escuelas. Cada barrio de la Capital tenía una asociación civil que debía funcionar mancomunadamente con su seccional policial cuyo fin era la construcción y la administración de un edificio adecuado para educar a los llamados niños de la calle. En 1905 se firma el acta que dio origen a la Asociación Fraga y comienzan a reunirse los fondos provenientes de familias adineradas y de empresas que comenzaban a radicarse en la zona. En 1906 se compra el terreno y en 1907 comienza la construcción del edificio. A futuro los sucesivos Jefes de la Policía desestimaron el proyecto. Sin embargo, en Barracas se mantuvo firme la idea y en 1911 comenzaron las clases en la Asociación Fraga siendo desde siempre una escuela pública. Hoy, en el siglo XXI, mantiene intacto su compromiso con la educación y la cultura del barrio. Realiza actividades culturales y sociales, posee el Archivo Histórico de Barracas donado por el historiador y escritor Enrique Puccia y comenzó con un nuevo desafío: la fundación de una nueva escuela, la Eco-Escuela Infantil “Pueblo de Barracas” con jardín maternal y huerta orgánica. Esta funcionará en un predio ya adquirido anexado al establecimiento que será también de carácter público pero costado por la propia Asociación Fraga.





Chavela

Llegué al Barrio Ferroviario en 1968, cuando tenía 3 años. Todos los que vivimos acá somos de familia de ferroviarios. Era un trabajo muy respetado. Acá confluían todas las jerarquías, desde el guardia hasta el oficinista. Son 71 viviendas en total. 4 blocks. En el medio hay un espacio común. Después, cuando se privatizaron los ferrocarriles, en la época del menemismo, se armó una mutual. Entre los vecinos se hacían los trabajos del mantenimiento. A mi papá le descontaban la luz y el alquiler del recibo de sueldo. La luz venía de Constitución y era más cara que el alquiler. Los hijos de la vecina de al lado tenían la edad de mis hermanos y en los carnavales no podías descuidarte, porque te venían baldazos de todos lados. No importaba adónde fueras ni cómo fueras vestido. Desde el más grande al más chico todos jugábamos. Un vecino era el encargado de controlar a los chicos a la hora de la siesta, para que no hicieran barullo. Después de esa hora, todos andábamos afuera jugando. Todos nos conocíamos y muchos íbamos a la misma escuela. Un papá se encargaba de llevarnos y después otro nos iba a buscar. No había relación con el resto del barrio. Desde siempre el barrio estuvo catalogado como peligroso, pero nosotros vivíamos otra realidad. Todo era familiar acá adentro. Hacías lo que querías, y hasta era más seguro que en la calle. De chicos había un potrero, y nosotros saltábamos y andábamos con una zorrilla. Jugábamos a la escondida de noche, colgados de los limoneros. Durante la época del proceso militar, afuera no se podía estar, y acá adentro como si nada. Acá entraban el huevero, el verdulero, el afilador, el churrero, el colchonero.

Hoy tomar el mate en la vereda sigue existiendo. Los pibes siguen estando juntos, nos cuidamos entre nosotros. Acá no prima el individualismo. Somos una gran familia. Solo no llegás a ningún lado, estando unidos es más seguro que logremos algo. Acá tenemos un objetivo común: que arreglen el barrio, que le den la importancia que tiene como patrimonio.



Proteger Barracas

Cuando nació el grupo había una lógica de relacionar construcción con progreso y eso a veces provoca más perjuicios que beneficios. Desde 1997 el código de planeamiento urbano aumentó lo admisible para construir, y se duplicaron los permisos. Existen normas de edificación, pero lamentablemente el vecino común no sabe estas cosas y solo empieza a ver los daños cuando son directos sobre su individualidad. Desde 2005 empezó a haber edificios donde hasta 6 años antes no se podía. Un ejemplo paradigmático es la calle Olavarría 1700: una cuadra homogénea, de edificios de la misma época de la década del '30 en la que un día apareció un edificio de 10 pisos. Los vecinos nos llamaron, corroboramos que efectivamente sí se podía, y ahí empezó a nuclearse gente para evitar la construcción. Esto generó una movida colectiva para ver cuáles eran los lugares en donde pasaba esto y evitarlo. Empezamos con un blog y a través de los casos se fue tomando conciencia. Algunos legisladores sensibles empezaron a atendernos y logramos un proyecto de ley que empezamos en el 2008 y recién en el 2011 se aprobó la primera. Y se empezaron a ver los efectos positivos.

El barrio es muy grande y muy diverso... diferentes necesidades, prioridades distintas. Hay momentos álgidos de mucha participación vecinal. Algunos dejan cuando se cumplen objetivos, y otros siguen. Está el que se compromete más con la causa y el que reacciona cuando le ponen un edificio al lado, o también el que está más allá de eso porque tiene otras necesidades.

No es que uno sea nostálgico, ni que uno esté en contra del progreso, todo lo contrario... No todo lo antiguo es digno de conservarse pero lo nuevo debe integrarse en el barrio, interpretar el entorno y no romperlo. Cuando abris el juego inmobiliario, el tipo que viene a hacer negocio, viene a eso. El Estado tiene que intervenir, de eso se trata. Nosotros empezamos a ver el efecto real en Uspallata al 700, en un antiguo garaje con una fachada muy linda. El proyecto original era una torre de 20 pisos. Lo que se hizo fue adaptar el proyecto y lo que se sacó en altura se agregó al ancho. Ganaron el emprendedor, el vecino, el barrio.





Es un colectivo de vecinos movilizados por la preservación del patrimonio arquitectónico y la identidad de este barrio fundacional de la Ciudad de Buenos Aires.

Como idea fundamental de evolución barrial, desde 2007 impulsamos acciones de incentivo de la refuncionalización edilicia, la puesta en valor y el aporte de nueva arquitectura que se inserte en la historia de Barracas, interpretándola en lugar de demolerla o provocar disrupciones.

Las iniciativas más importantes incluyeron la elaboración de normativa urbana para la Ciudad y la protección de más de 40 edificios emblemáticos del barrio.

A la vez, desarrollamos tareas de difusión vecinal y proyectos culturales en torno a la valorización de los diferentes aspectos de la identidad barrial.

Progreso no es sinónimo de destrucción.
Preservación no es sinónimo de estancamiento.

www.protegerbarracas.com.ar



Una herida de hormigón

Fue impresionante que de golpe no existiera más la vereda de enfrente, con sus comercios, sus casas bajas, antiguas y heredadas. Familias que conocíamos de toda la vida se tuvieron que ir. *Alicia*

La autopista dividió al barrio. Será cuestión de la comunidad y quienes la representan, sanarlo. *Marcelo*

Por Herrera estaba lleno de negocios. Se tiró todo abajo. La autopista dividió el barrio. Había mucha gente de allá que venía para acá. Ya no. *Eduardo*

A mi abuela le hicimos la mudanza a escondidas. Cuando Cacciatore decidió expropiar, mi papá le compró una casa chiquita frente al Parque Pereyra. La impactó muchísimo. Nunca más quiso pasar por ahí. Fue un avance, pero para la gente que vivía ahí fue terrible. Yo a veces tomo taxi y hasta acá no me quieren traer. *Guillermina*

Con la autopista se fueron mucha gente y comercios. Panaderías, peluquerías; se fueron los negocios. *Camilo*

Al cerrarse las fábricas, naturalmente la gente se empezó a ir. La autopista fue la espada de Damocles. *Román*

Fue otra desgracia para el barrio, eso nos partió al medio... la gente sufrió un montón. No te digo que no era necesario, pero se podría haber hecho de otra forma. Había historias que conmovían, hubo suicidios, familias desmembradas, vecinos que se iban lejos. *Graciela*

De la autopista recuerdo montañas de arena gigantes, que a mis hermanos y a mí nos encantaban porque nos tirábamos a jugar. *Stella*

La llegada del autopista fue como una herida. Todavía resiste un árbol que estaba dentro de la casa-bar de un amigo. Era uno de los últimos *estaños*, en Río Cuarto y Herrera. *Chiche*

Cacciatore empezó a hacer desalojos. Pagaron muy bien, pero esa gente tuvo que irse. De Herrera para acá, lo dividió. *Francisco*

La autopista es un límite muy fuerte, es como un tajo. A partir de aquello hubo un crecimiento diferente. Es un límite físico que no tiene vuelta atrás y el vecino se siente y se reconoce distinto. *Ignacio*



Alicia

Mi familia, de origen italiano, ya tenía raíces firmes en el barrio. Mi abuelo materno trabajó en la Italo Argentina, donde hoy está la Usina del Arte. Mi abuelo paterno era capataz de Alpargatas y mi padre era comerciante. Durante los años '50 y '60 tuvo un negocio de artículos del hogar sobre Montes de Oca. Vendía discos de pasta y tenía dos cabinas para escucharlos. ¡Para mis compañeros de escuela una novedad! Toda mi vida transcurría entre Hornos y Rocha hasta Suárez y Arcamendia. Hice el secundario en el Normal 5 y me recibí en 1964 de Maestra Normal Nacional. La gran mayoría éramos de Barracas o de zona sur. Son las mismas amistades que cultivo hoy. Desde hace 52 años nos seguimos reuniendo una vez al año y pasamos juntas el día de la egresada, hacemos un acto, izamos la bandera y almorzamos. ¡Llegué a reunir a 50 compañeras! En mi infancia, Barracas era mucho más barrio. Por la calle Hornos había lechería y almacén, pasaba el sodero. Con los hijos de los comerciantes vecinos jugábamos en la vereda, en los sótanos del negocio de mi padre, en el Bazar Perotti. Al ser hija única, siempre que podía cargaba 3 o 4 amiguitas en el estanciero de mi papá y las noches de verano nos íbamos a la Costanera Sur con sándwiches y gaseosa. Las familias del barrio se relacionaban mucho más que hoy. En el '70 me casé y me fui a Parque Patricios. Al dejar Barracas dejaba todo: mi familia, mis amigos. Seguí volviendo al barrio a visitarlos, a tomar un café en los bares, a la peluquería o simplemente a caminar y ver las vidrieras de Montes de Oca. Yo tenía que volver a Barracas. Siempre fue mi ilusión volver al barrio. Me lo repetía mucho: “Yo quiero poder tirarle los jazmines a Santa Lucía desde mi balcón...”. Un domingo a la tarde vimos este departamento y nos quedamos. Hoy vivo en un edificio y la dinámica es diferente. Acá no puedo reunir un asado para 35 personas como antes, pero 20 entramos *{Alicia sigue entre risas}*. Mi marido me dice: “¡Con vos no se puede salir!”, porque con cada uno que me encuentro me quedo 20 minutos charlando. A mí eso me encanta. Apenas regresé a Barracas, volví a ser voluntaria de Casa Cuna, como cuando estaba en la secundaria. Barracas es el lugar donde tengo que estar.





Casa Cuna

La historia comienza el 7 de agosto de 1779 cuando el virrey Juan José de Vértiz y Salcedo fundó la Casa de Niños Expósitos, en las actuales calles Perú y Alsina. En 1873 se trasladó a un nuevo edificio circular en la Loma de Santa Lucía, la actual Avenida Montes de Oca.

En 1903 ingresa el recién graduado Pedro de Elizalde quien normalizó la recepción de leche, organizó la Escuela de madres, vigiló la salud de las “dadoras de leche” y organizó el servicio Médico-Social. Elizalde creó la Escuela de Enfermeras, profesionalizando la enfermería del Hospital, y consiguió que su título fuera reconocido por la Facultad de Medicina.

En 1905, gracias a su capacidad asistencial, pasó a llamarse oficialmente Hospital de Niños Expósitos, nombre que cambió en 1920 por el de Casa Cuna. En los años sucesivos, gracias a donaciones, se fue reedificando casi por completo. Se construyeron distintos pabellones específicos y se adquirieron terrenos adyacentes. Entre ellos, la compra del Palacio Díaz Vélez.

Entre 1935 y 1946, el Dr. Pedro de Elizalde, quien creara la revista *Infancia* y la cátedra de Pediatría, dirige el hospital. En esa época se inventa en Casa Cuna el sistema de indentificación de recién nacidos que tenemos actualmente en vigencia.

En 1961 le ponen el nombre de Hospital “Dr. Pedro de Elizalde”. En 1963, el Hospital pasa al ámbito municipal y, en 1967, se incorpora el Plan de Residencias Hospitalarias.

Las Hermanas del Huerto fundan el servicio de voluntariado, de inestimable ayuda para la Casa Cuna, el hospital pediátrico más antiguo de América.



Íñigo

Vine de Corrientes en 1965 para trabajar en Los Campeones, con 17 años. Me trajo mi primo. Empecé lavando platos, alcanzando bebidas y sirviendo helado en el salón. Aprendí, mirando, de los que sabían. Era un negocio atendido por sus dueños: dos suizos y un italiano. Éramos todos más chicos, generalmente del interior, y siempre nos aconsejaban: “Muchachos, no gasten el dinero, junten para su casa”. No le dábamos mucha bolilla porque éramos jóvenes *{ríe}*. Cuando estaba soltero, terminábamos de trabajar y nos íbamos al billar. A veces nos sentábamos a cenar cuando cerrábamos. Fueron muchos años de estar juntos, éramos una familia. Había mesas grandes, despedidas de soltero, reuniones de compañeros, de obreros. Siempre gente conocida. Al mediodía venían más los de las fábricas y a la noche las familias del barrio. Cuando cerró Alpargatas se sintió. Se perdieron las mesas grandes. Cambió el público, pero no dejó de venir gente.

En Barracas hay buena gente, es una zona muy linda, de familias y gente amable. Estoy jubilado ya, pero bueno... sigo. Hace 40 años que estoy casado y mi esposa me reclama. Muchos valoran el tiempo que hace que estoy, y se sorprenden de que siga estando acá. Hoy atiende a los hijos de personas que en su momento venían sin familia. Ahora viene más gente de oficina. También vienen muchos vecinos de la colectividad judía. Creo que Barracas se va para arriba, muchos negocios volvieron a levantar. Patricios había dejado de ser y volvió a arrancar otra vez.

Los domingos la gente de Boca llena el local. Cuando vienen contentos hay que bajarlos de arriba de la mesa porque te revolean las bandejas. Los Campeones es un lugar típico del barrio. También estuvo La Banderita, en Suárez y Montes de Oca, pero ninguna competencia pudo con la pizza a la piedra de Los Campeones. ¡Siempre hay algo para festejar! El día del amigo es imposible entrar acá. Es impresionante.





La junta histórica

Hay en cada barrio un alma personal, con características únicas. Barracas se adueña de quien cae en su hechizo. Los viajeros la recuerdan con emoción, los historiadores evocan sus hechos notables, los artistas encuentran inspiración para sus obras, los poetas cantan sus misterios y los investigadores descubren tesoros inesperados. El paisaje urbano nos muestra una fotografía con huellas del ayer, plasmadas en una realidad cambiante.

Barracas es hoy, a principios del siglo XXI, esa cultura heredada, con sus modos de vida y costumbres, pero es también las industrias cerradas, los cartoneros, las casas tomadas, los inmigrantes —muchos de ellos de provincias nuestras y de países hermanos con sus dolores y desgarros—, las villas que siguen resistiendo el enjuiciamiento de gran parte de la comunidad, y los que descubrieron que el barrio está a 30 cuadras del centro encontrando nuevas posibilidades de inversión y turismo.

Los barraquenses resisten a la destrucción de su historia y patrimonio tangible e intangible.

Se trata de recuperar la identidad de un barrio fragmentado, que se encuentra en tensión. Sabemos que nada es idílico, es un cotidiano desafío romper las prácticas individualistas, los miedos, las problemáticas comunes, las señales alarmistas, la exclusión, el consumismo naturalizado y las distintas miradas sobre el concepto de progreso. Pero se puede...

Barracas se mueve, muta, nos desgarrar, nos potencia, nos enoja, nos fortalece. Caminar por sus calles es observar sus contrastes: la zona de Montes de Oca, la del otro lado de la Autopista y una tercera en la Villa. Cada una con sus características socio-culturales, con su arquitectura, su música, sus comercios, sus vecinos y sus costumbres, que determinan el ritmo de este barrio entrañable.

Se trata de mirarnos, reconocernos —tanto los vecinos históricos, como los que llegan y los que se van— y entonces las sombras de la incomunicación se irán diluyendo. No hay que tener miedo de remover sensaciones, de recuperar la memoria, de trabajar en conjunto las distintas generaciones, de convertir una plaza en un



El Archivo Histórico Enrique Puccia es uno de los proyectos culturales de la Asociación Fraga, que brinda sus instalaciones y colaboración económica para desarrollar su labor social y educativa. La puesta en valor del Archivo está a cargo de la Junta de Estudios Históricos de Barracas.

espacio de juegos y creación, de transitar sin prejuicios una calle donde los artistas plásticos y los escultores muestren su arte e inviten a otros a hacerlo y donde las máscaras del corso y la alegría del carnaval transgresor nos permitan volver a disfrutar de una auténtica celebración.

En fin: la idea es convertir los espacios públicos en escenarios, tomar la escuela, la estación, los murales. Y entonces el barrio se llenaría de voces, de risas, de arte; los abuelos contarían sus historias, los jóvenes compartirían sus anhelos; los vecinos volverían a tomar mate en la vereda sin paranoia... María le cuidaría el hijo a su vecina; intercambiaríamos recetas y costumbres con nuestros hermanos inmigrantes; don Juan y don Pedro jugarían a las bochas y al ajedrez; Teodoro y Jacinto se juntarían a tomar el vermú de los domingos; Gladis y Arturo tomarían un café en alguno de nuestros Bares Notables mientras escuchan un tango lunfardesco; los pibes y pibas nos enseñarían pasos de hip-hop; Graciela y Cacho bailarían un rock en la vereda, Carlitos que vive en Montes de Oca y Yamila que vive en la Villa practicarían pasos de murga del otro lado de la Autopista.

No estamos soñando. Son lazos sociales que existen, se trata de que no se pierdan y se multipliquen. Es posible, cada uno de nosotros es el protagonista. El compromiso de muchos vecinos e instituciones sensibles ante la injusticia y desigualdad, genera a diario -con trabajo y alegría- las herramientas para transformar y construir el barrio que soñamos.

Algún día transitaremos por una Barracas más integrada.

Junta de Estudios Históricos de Barracas

<http://www.facebook.com/jhbarracas>



Vista panorámica de la antigua Calle Larga, 1875.



Av. Montes de Oca y Osvaldo Cruz. "Mercado del Banco Constructor".



Mansión de la familia Guerrero. Desde 1937, Plaza Colombia.



Puente de Barracas, metálico y con una sección levadiza, que comenzó a construirse en 1899 y librado al público el 31 de enero de 1903.

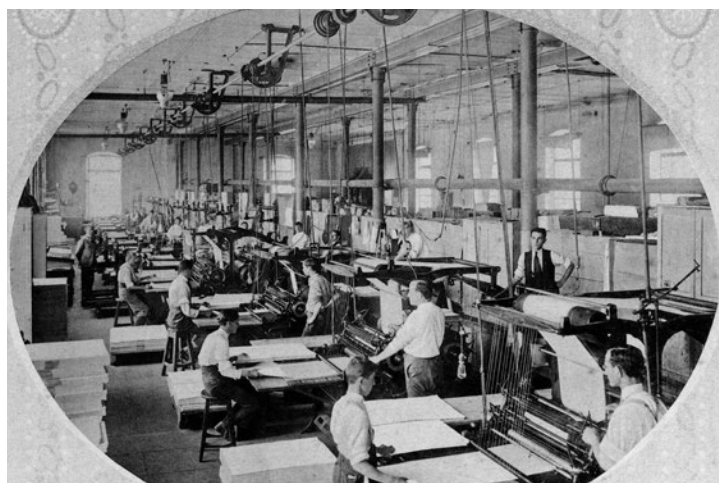
Fábrica Bagley.



Alpargatas



Fábrica Canale



Taller Peuser



Calle Defensa y su continuación, Avda. Patricios. Vista desde el edificio del Museo Histórico Nacional, a principios de siglo.



Puente sobre el Riachuelo. Diciembre de 1931.

Inauguración del Puente Pueyrredón

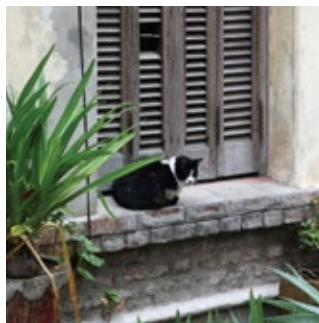


Quinta del Almirante Brown. Actual Av. Martín García.

Hospital de Alienados, hoy Borda. Taller de escobería, 1890.



Riachuelo, 1927.



Agradecimientos



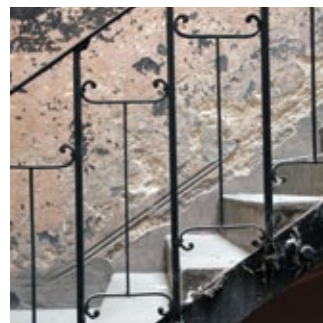
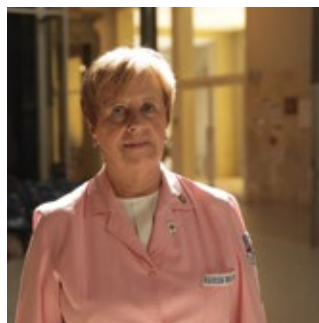
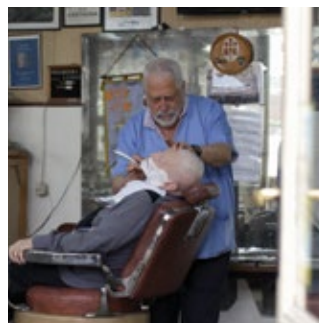
*Junta Central de Estudios Históricos
de la Ciudad de Buenos Aires*
Federación
(Personería jurídica C1657583)



Asociación Fraga
Archivo Histórico Enrique H. Puccia



Junta de Estudios
Históricos de Barracas



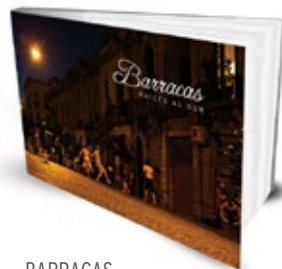
Agradecemos especialmente a Graciela Puccia y a Diego González.
A Nelly Pareja y la Junta Central de Estudios Históricos.
Al Padre Toto de la Parroquia Virgen de los Milagros de Caacupé.
A todos los que nos acompañaron con su testimonio.



Otras publicaciones de Rumbo Sur / descarga gratuita

BARRIOS Y VECINOS

Fortalecer la idea de barrio, recuperando desde la historia y el testimonio de los vecinos, el sentido de pertenencia que hace único a cada barrio porteño. Identidad y valores desde donde construir una mejor convivencia y propuestas de futuro.



BARRACAS



LA BOCA



SAAVEDRA



SAN TELMO



VILLA CRESPO

COLECTIVIDADES



ARMENIOS



IRLANDESES



GENTE DE TEATRO



SEMILLERO MURGUERO



GUÍA DE SERES
FANTÁSTICOS PORTEÑOS

CULTURA EN MOVIMIENTO

MUNDO QUINQUELA

La vida del gran artista y líder social que transformó su barrio para siempre. La Boca en un tiempo grandes artistas proletarios de la época. Ilustrado a partir de su vasto archivo personal.



EL HIJO DILECTO



EL CARBONERO PINTOR



SOÑAR LA BOCA



DE ARTE Y LOCURA

ASOCIACIONISMO



BOMBEROS DE LA BOCA

Visitá rumbosur.org y conocé nuestros trabajos
Más libros, videos y documentales.



Seguinos y participá de sorteos
[/rumbosurorg](https://www.instagram.com/rumbosurorg)



[/rumbosurorg](https://www.facebook.com/rumbosurorg)

DESCARGA
GRATUITA

WWW.RUMBOSUR.ORG

Dirección

Pablo José Rey

Coordinación

Cecilia Olza

Reportajes

Cecilia Olza / Pablo Rey

Edición de contenidos

Pablo Rey / Magdalena Siedlecki

Corrección

Juan Manuel Lacalle

Fotografía

Cecilia Olza

Pablo Rey

Magdalena Siedlecki

Christian Acuña (Música)

Mario A. Siniawski (Circuito)

Archivo General de la Nación (AGN)

Archivo Histórico Enrique Puccia

y colaboraciones de Traub

Instituciones y vecinos

Gestión de proyecto

Carlos Iglesias / Pablo Rey



El cuarteador, 1941

Letra y música: Enrique Cadícamo

Yo soy Prudencio Navarro,
el cuarteador de Barracas.
Tengo un pingó que en el barro
cualquier carro
tira y saca.

Overo de anca partida,
que en un trabajo de cuarta
de la zanja siempre aparta
¡Chiche!
la rueda que se ha quedao.

Yo que tanta cuarta di,
yo que a todos los prendí
a la cincha de mi percherón,
hoy, que el carro de mi amor se me encajó,
no hay uno que pa' mi
tenga un tirón.

En la calle del querer
el amor de una mujer
en un bache hundió mi corazón...
¡Hoy, ni mi overo me saca
de este profundo zanjón!

Yo soy Prudencio Navarro,
el cuarteador de Barracas.
Cuando ve mi overo un carro
compadreando
se le atraca.

No hay carga que me lo achique,
porque mi chuzo es valiente;
yo lo llamo suavemente
¡Chiche!
Y el pingó pega el tirón.



Rey, Pablo José

Barracas : raíces al sur / Pablo José Rey ; coordinación general de Cecilia Olza. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Asociación Civil Rumbo Sur, 2017.

96 p. ; 17 x 25 cm. - (Barrios y vecinos / Rey, Pablo José ; 3)

ISBN 978-987-46070-6-5

1. Barrios. 2. Patrimonio Cultural de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
3. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. I. Olza, Cecilia, coord. II. Título.
CDD 363.69



Seguinos y participá de sorteos
[/rumbosurorg](https://www.rumbosur.org)



[/rumbosurorg](https://www.rumbosur.org)